



El sentimiento trágico de la Liga *[Selección]*

Fernado Iwasaki Cauti

El retrato de Dorian Cruyff



Una vieja tradición literaria aconseja acometer novelas y relatos como si se trataran de una revancha personal o un ajuste de cuentas con la historia, de tal suerte que en sus ficciones los escritores son amados por quienes no les amaron, triunfan donde fracasaron o asesinan a quienes nunca soportaron. Así el Dante condenó al Infierno a sus enemigos mientras la indiferente Beatriz le recibía en el Paraíso; Yourcenar urdió al memorioso Adriano y al alquimista Zenón dotándoles de libertad sexual e intelectual, y, finalmente, Mishima encontró una muerte honorable siguiendo el ritual ejecutado por sus propios personajes. En realidad el novelista japonés deseaba morir y por eso sus criaturas se suicidaban prefigurando el *harakiri* del creador. Todo lo contrario que Oscar Wilde, quien en su única novela *-El retrato de Dorian Gray-* plasmó su deseo de vivir eternamente. ¿Será posible comparar a los escritores con los entrenadores?

Pienso que aquellos técnicos que como deportistas nunca conocieron las mieles del triunfo, jamás apreciarán la luz que irradian sus jugadores más talentosos. Se trata de una percepción que sólo tienen quienes brillaron con luz propia o quienes llegaron a ser entrenadores arropados por el éxito y no encallecidos por los fracasos. De ahí que

Cruyff reclame para sí la dicha de ser feliz creando el fútbol. «El Profeta» no entrena ni dirige, sino revive a través del juego de sus hombres: a Bakero le exige a mandar como mandaba él, a Stoichkov le desafía a patear como él, a Guardiola le enseña a distribuir balones como lo hacía él y a Koeman le exhorta a pensar en la cancha como lo hubiera hecho él. En el colmo de la perpetuación Romario es Sotil y Laudrup es él. El Barcelona del 74 es el retrato de juventud que buscaba Dorian Cruyff.

Sin embargo, como la felicidad a veces llega tarde pero llega, Benito Floro y Javier Clemente quieren volver a ser felices con el Real Madrid y la selección española, reviviendo respectivamente sus momentos más dichosos: el Albacete que ascendió de tercera a primera división y el Athletic de Bilbao que ganó dos ligas consecutivas a principios de los 80. Por eso el Real Madrid de Floro procura jugar de memoria y a base de morisquetas tácticas, mientras que la selección española viaja a Dublín sin otro equipaje que la furia y los recursos raciales.

Después de seis fechas jugadas, la Liga parece recompensar a quienes tienen razones para soñar y ser felices: Cruyff, Hiddink, Aragonés, Toshack y Valdano, todos ellos campeones en alguna etapa de sus vidas, bien como entrenadores o bien como futbolistas de equipos grandes y selecciones poderosas. Por contra, del puesto décimo de la tabla para abajo, el fútbol -como los toros bravos- ha puesto en sus merecidos lugares a quienes sólo luchan por la supervivencia y los porcentajes de las televisiones autonómicas.

En un relato de Borges -«El encuentro»- dos puñales aguardan dentro de un armario el inexorable desenlace de una antigua batalla. Con el fútbol ocurre lo mismo: no importa que Cruyff, Sotil o Valdano habiten en otras esferas del cielo, si Redondo, Romario, Olivares y Laudrup saben hacernos felices interpretando las mismas partituras. Mientras existan entrenadores dispuestos a no envejecer jamás, el filo de sus cuchillos permanecerá intacto en espera de un lance donde sólo valdrá jugar bien o morir.

12 de octubre de 1993

La Liga del eterno retorno



La Liga española es una suerte de olimpo donde habitan *dioses*, *semidioses*, *héroes* y *mortales*, y donde el orden divino es muy difícil de transgredir sin alterar de paso el orden cosmogónico. De esta manera, los *mortales* son los equipos predestinados a la promoción o al descenso a los infiernos; los *héroes* serían los conjuntos del gesto y las gestas; los *semidioses* los eternos aspirantes a la gloria olímpica y -por último- los *dioses* son las divinas potencias cuyas pugnas le otorgan el equilibrio al mundo.

Así las cosas, durante los últimos años algunos *héroes* han asaltado el cielo (Deportivo de la Coruña), ciertos *semidioses* aún no encuentran su dorado vellocino (Atlético de Madrid) e incluso es posible encontrar algún *dios* caído (Real Madrid). Sin embargo, la cólera glacial y tonante de los *dioses* conlleva una reacción cósmica, y tras la estela de la goleada del Madrid sobre el Lleida arrasó también el Sevilla al Tenerife,

porque el destino de los *héroes* es sucumbir ante los *semidioses*. Luis Aragonés le ha devuelto al Sevilla sus atributos cuasi divinos y Jorge Valdano ha urdido un ejército de troyanos, fulgurante en la victoria y glorioso en la derrota.

El combate entre Aragonés y Valdano fue como una batalla entre la serpiente y la araña: uno se enroscaba mientras el otro tejía, el primero se lanzaba al ataque como un resorte en tanto que el segundo procuraba adormecer a su víctima sobre la tela. Los dos eran venenosos y acaso ambos letales con la primera mordedura. El Sevilla mordió antes y Valdano sintió -como Juan Dahlmann, el protagonista de *El Sur*- «que morir en una pelea a cuchillo, a cielo abierto y acometiendo, hubiera sido una liberación para él». Ignoro si esa era la derrota que habría elegido o soñado, pero al igual que en el relato de Borges, ya el Sur había resuelto que Valdano aceptara el duelo.

Al Sevilla le ha hecho bien la transición de Bilardo a Aragonés, porque ahora su rabia se ha morigerado y sus estallidos se han hecho más fríos y cerebrales, más fulminantes y mortíferos. No obstante, todavía no encuentra el compañero ideal de Suker y aún precisa de una «manija» en el centro del campo, algo que irónicamente le sobra al Tenerife de Valdano. En efecto, aunque Redondo es un jugador enorme, da la impresión de que el *marketing* creado a su alrededor sobrepasa las evidencias de la realidad, pues ni es imprescindible en la selección argentina ni lo fue en el Tenerife la temporada pasada, ya que tras su lesión el equipo canario sólo perdió el partido siguiente, el del Bernabéu, y ello porque *Chemo* del Solar reapareció después de 4 fechas en blanco.

Por último, el despertar del Madrid ha fortalecido al Valencia -otro *semidios* de su órbita-, quien obtuvo una agridulce victoria a costa del Athletic de Bilbao, que al igual que el Tenerife, es una deidad tributaria del Barcelona. Los dioses de la Liga -como en el memorable vigésimo canto de *La Iliada*- amontonan a las nubes y a los *héroes*, a los *mortales* y a los *semidioses*, en bandos belicosos e irreconciliables. De hecho, cada hincha común y silvestre -y por lo tanto *mortal*- profesa una secreta y enconada preferencia por el Madrid o el Barcelona, aunque en primera instancia lo sea del Betis o del Sevilla, del Sporting o del Oviedo, del Celta o del Deportivo, de la Real Sociedad o del Athletic de Bilbao, feroces emparejamientos que actualizan la rivalidad primordial y que nos sumergen en la Liga del eterno retorno.

26 de octubre de 1993

Apolíneos y dionisiacos

△▽

Dicen las malas lenguas que el joven Nietzsche, a la sazón estudiante de filología clásica, fue un talentoso centrocampista cuando el fútbol apenas era un curioso deporte experimental y elitista. Por entonces un equipo universitario inglés arrasaba por toda Europa, hasta que se topó con la selección de la Universidad de Leipzig, que le goleó jugando con dos defensas, un volante y seis delanteros, mientras la banda universitaria interpretaba algunas piezas de Schumann. Al término del partido Nietzsche sentenció sudoroso: «Dionisio ha derrotado a Apolo». Años después, convirtió la anécdota en

categoría en su *Die Geburt der Tragödie aus dem Geiste der Musik* (1870), donde apenas se advierten los ecos de aquel memorable encuentro.

En efecto, la célebre dicotomía entre lo «apolíneo» y lo «dionisiaco» -que abarca las oposiciones entre la vida y la muerte, el gozo y la represión o el sueño y la embriaguez- también podría servir para clasificar a los equipos de la Liga española, algunos más cerca del ideal racionalista y otros incursos en la «locura trágica» (¿miedo escénico?) que tanto irritaba a Platón. De esta manera, el Sevilla, el Real Madrid y el Athletic de Bilbao son «apolíneos», mientras el Deportivo, el Barcelona y el Tenerife son «dionisiacos». Y así les va. El Valencia, por ejemplo, dejó de ser un equipo «dionisiaco» y se transformó en «apolíneo». Y así le fue.

¿Cuántas veces le han reprochado a Cruyff que apenas juegue con dos defensas?, ¿en cuántas ocasiones le han exigido a Valdano ser más morigerado en el ataque?, ¿será verdad -como cuentan algunos- que Beбето, Mauro Silva y Donato juegan cantando? Fieles al ideal «dionisiaco», los azulgrana son capaces de golear al Dinamo de Kiev y perder contra el Lleida, el Deportivo es capaz de eliminar al Aston Villa y resbalar en San Mamés, y el Tenerife se permite tutear al Olimpiakos y luego ser humillado por el Zaragoza. Son las *ménades* del fútbol, la suma del arte, del gozo y la genialidad, pero también la irracionalidad, la imprudencia y el desenfreno.

Por contra, el Sevilla, el Real Madrid y el Athletic de Bilbao, encarnan el ideal «apolíneo» del juego reflexivo, ejecutado con precisión matemática y devoto de leyes inexorables y fulminantes. Por eso los goles de estos equipos siempre llegan de la misma manera y tanto sus triunfos como sus derrotas merecen analizarse en sesiones teóricas de estrategia, pues ganando o perdiendo siempre nos dejan una lección.

¿Acaso no es obvio que Michel, Moya o Valverde han subordinado su talento a un sistema, mientras que sobre el talento de Laudrup, Beбето y Redondo giran los sistemas de sus respectivos equipos? No estoy diciendo que un ideal sea más valioso o eficaz que el otro, pues casi todos los mencionados -con excepción del Tenerife- están empatados a dieciséis puntos en la cima de la tabla. Ello demuestra que no podemos formular juicios de valor sino apenas nuestras propias simpatías.

A imagen y semejanza de aquel terrible oráculo consagrado a Apolo en Delfos, a los «apolíneos» siempre se les exige ganar y acertar, y por ello sus errores son imperdonables. En cambio, de los «dionisiacos» perdura la indeleble memoria de las vertiginosas orgías que siguen a la victoria y sus derrotas -como las tragedias- tienen efectos catárticos. Demás está decir que si el Sevilla es «apolíneo», mi Betis es «dionisiaco».

A manera de colofón diré que el joven Nietzsche dejó de ser feliz cuando cambió a Schumann por Wagner, a los aqueos por los arios y al fútbol por la filosofía. De hecho me hubiera encantado leer *Así jugó Zaratustra*, y no ese rollo macabeo del superhombre.

23 de noviembre de 1993

Zorros y erizos del fútbol



Del poeta griego Arquíloco podemos decir que nació en Paros y que versificaba en yámbicos, pero entre sus fragmentos se conserva uno que le ha hecho especialmente célebre: «Muchas cosas sabe el zorro, mas el erizo sabe una sola y grande». Partiendo de este hermético aforismo, el filósofo Isaiah Berlin ha propuesto que existen dos formas de ver el mundo: la del *erizo* -sistemática, lógica, racional y aglutinante- y la del *zorro* -arbitraria, genial, inductiva y experimental-. Así, para el viejo profesor de Oxford, Dante, Platón, Hegel, Nietzsche y Dostoievski fueron *erizos*, mientras que Aristóteles, Shakespeare, Goethe, Joyce y Montaigne fueron *zorros*. Sin embargo, el tema central de su ensayo *The Hedgehog and the Fox*, está dedicado a demostrar cómo un *zorro* como Tolstoi vivió creyendo en abstracciones y verdades universales más propias de los *erizos*. ¿Podríamos hablar de *zorros* y *erizos* en el fútbol, tal como lo hizo Berlin en la filosofía y la literatura?

He advertido que entre los muchos epítetos que designan a los entrenadores de la Liga española -el «sabio», el «brujo», el «poeta» o el «profeta»-, a veces aparece el de «viejo *zorro*» cuando en justicia correspondería el de «veterano *erizo*», ya que los equipos blindados de sistema rígido y contragolpe de piloto automático, suelen ser entrenados por *erizos*. Y ya dije que los *erizos* no se las saben todas sino solamente una. Por contra, los *zorros* dirigen equipos que trazan jugadas maestras y audaces, pero que embarran con la mano derecha las genialidades que dibujan con la izquierda. Nadie como los entrenadores representan mejor en el fútbol las cosmovisiones del *erizo* y el *zorro*, pues la vieja polémica entre «Menottistas» y «Bilardistas» no es otra cosa que el choque entre esos dos puntos de vista.

De esta manera, *erizos* serían Javier Clemente, Luis Aragonés, Benito Floro, John Toshack y Radomir Antic, mientras que Johan Cruyff, Jorge Valdano, Arsenio Iglesias, Víctor Fernández y García Remón son *zorros*. En el plano internacional serían erizos Arrigo Sacchi, Fabio Capello y Giovanni Trapattoni, en tanto que «Pacho» Maturana, Tele Santana y Athur Jorge vienen a ser los *zorros*. Cualquier *erizo* habría patentado el sistema del Barça de 1991, mas el *zorro* de Cruyff destroza los nervios de los espinosos teóricos deterministas y coloca a Ferrer de lateral izquierdo, a Amor de marcador derecho, a Iván de carrilero izquierdo, a Laudrup en el banco de los suplentes y a Busquets de portero titular. A los *erizos* les irritan las innovaciones y el desorden, pero a la vez les atrae la improvisación y genialidad de los *zorros*. Por eso ciertos *erizos* como Floro han tratado en vano de imitar a Cruyff, mientras Clemente repudia su sistema y luego convoca a los jugadores del Barcelona a la selección.

Ser *zorro* o *erizo* no es halagador ni agravante, porque en el mundo del fútbol los piropos y las invectivas dependen de los resultados. Cruyff y Valdano atraviesan un bache tan profundo como el de Aragonés o Antic, mientras que Floro y Toshack, al igual que García Remón y Víctor Fernández, viven hoy día en estado de gracia. De hecho, los sistemas más eficaces de los últimos años fueron registrados por *erizos* como Toshack y Sacchi, aunque Bilardo pregone a los cuatro vientos que todos los equipos del mundo juegan como la selección argentina de México 86. Sin embargo, los infalibles esquemas de los *erizos* a veces pinchan cuando se enfrentan con la astuta estrategia de los *zorros*. «Así es el fútbol», dijo Camus.

7 de diciembre de 1993

El *Latin Globber*



Como ha demostrado Guillermo Cabrera Infante en su ensayo «Latinos y ladinos en Hollywood», la mitología anglosajona ha divinizado a un peculiar género de amantes - morenos, apasionados, insaciables y ardientes- bajo el curioso epíteto del *latin lover*. Así, precursores del moderno «amante latino» debieron ser Don Juan y Casanova, hasta que los amantes del Nuevo Mundo patentaron el modelo gracias a Ramón Novarro, César Romero y Porfirio Rubirosa (Espartaco Santoni no). ¿Sería posible trasladar al fútbol la figura del *latin lover*? ¿Existirá alguna forma «latina» de darle al balón?

Los «sombremos» de Romario, las «gambetas» de Redondo, los «taconazos» de Beбето y las «puñaladas» de Olivares -como antaño los «caracoleos» de Garrincha, las «chilenas» de Caszely, las «huachas» de Sotil y las «folhas secas» de Didí- forman parte de un mágico repertorio de artificios que caracterizan al jugador sudamericano y que muy raras veces improvisan sus lejanos primos de Europa: italianos, franceses, españoles, belgas, portugueses y rumanos. En realidad, tales jugadas no gozan de la simpatía de los técnicos porque le restan verticalidad al fútbol de laboratorio y pizarra del Viejo Mundo. De ahí que el *latin globber* -el «pelotero latino»- casi no exista en Europa. Acaso Futre, Baggio, Hagi, Ginola y Scifo, junto al sportinguista Juanele.

Nadie duda de la calidad de juego del Barcelona -capaz de practicar el fútbol más armonioso y eficaz cuando sus hombres hilvanan los «rondos» con libertad-, pero hay dos formas de lobotomizar al Barça: presionándole por toda la cancha jugando a una velocidad vertiginosa o alineando un par de artistas que dejen en bragas a los dos marcadores *blaugrana* en el uno contra uno. De la primera manera ya le han ganado varios equipos, pero de la segunda solamente el São Paulo y el Sporting de Gijón. Por algo ambos cuentan con *latin globbers* en su delantera.

El *latin lover* siempre está dispuesto a la aventura, disfruta seduciendo y adora vivir en peligro. Por contra, el «hombre de su casa» sólo desea comprometerse para siempre, ama el orden establecido y jamás transgredirá la rutina doméstica. Trasladando esos esquemas al fútbol, resulta que los *latin globbers* suelen ser jugadores de ataque mientras que los «hombres de su área» tienen querencias defensivas. Eso no quita que hayan existido excelentes *latin globbers* defensas como el brasileño Junior o eficaces delanteros sin chispa como Hugo Sánchez, pero el jugador que desequilibra por la izquierda o por la derecha, por arriba o por abajo, en carrera o caminando, siempre será un *latin globber*. Müller volvió loco a Ferrer y propició los goles del São Paulo en Tokio y La Coruña, tal como Juanele destrozó los nervios de Goiko y Sergi en El Molinón para allanar la victoria del Sporting.

El mérito de García Remón -como el de Arsenio Iglesias- estriba en haber convertido en sistema lo que otros entrenadores relegan a mero recurso. Un ejemplo concreto del segundo caso lo encarna el Rayo Vallecano, que recurre a la pirotecnia individual de Onésimo con la misma necedad que otros equipos persisten en los inútiles centros a la olla. Si Onésimo supiera jugar sin balón como Beбето o si al menos fuera capaz de centrar como Juanele -después de realizar los regates justos-, entonces jamás habría dejado el Barça.

El *latin glober* está en vías de extinción en Europa y apenas sobrevive en ciertos santuarios peloteros del Viejo Mundo. Por eso hay que alabar el trabajo del Sporting de Gijón, que ha sabido preservar en Asturias -donde también viven los últimos osos pardos- una valiosa especie de la fauna del fútbol.

4 de enero de 1994

Futbolistically correct



Un viejo aforismo filosófico reza que en el fútbol no hay lógica, y sin embargo ello hasta ahora no ha merecido la reflexión de los estudiosos. Como hubiera dicho Michel Foucault, el fútbol está fuera del dominio del *logos* y de ahí que se produzcan «rupturas epistémicas» como la eliminación del Barça en la Copa del Rey. Por otro lado, siguiendo a Derrida y sus teorías deconstructivistas, deberíamos tener en cuenta que los jugadores aprendieron por su cuenta los fundamentos del fútbol antes de recibir las primeras nociones teóricas en la pizarra, y eso -según Jacques Lacan- le imprimiría un carácter artificial a la madurez de un jugador. Por eso muy pocos equipos son «futbolísticamente correctos».

Sería el caso del Deportivo de la Coruña, que pudo darle el finiquito a la Liga en el Bernabéu si no lo hubieran impedido los demonios retrospectivos del pánico y la segunda división. Machacar al Madrid en su propio campo habría sido *futbolistically correct*, pero la aureola del viejo coloso blanco sigue infundiendo miedo a quienes se atreven a asaltar su campo. De hecho, ni siquiera el Tenerife se atrevió a golearle a pesar de su abismal superioridad numérica. Quizá el Coruña no habría tenido pudor si se hubiera tratado de sentenciar la Liga en Santander, Albacete o Valladolid, mas un atávico espanto agarrotó su ánimo en el Bernabéu.

Por contra, el Real Madrid se lanzó a la conquista del lacaniano «bien perdido» y para ello recurrió a las fuentes primigenias del madridismo: la cantera. Así, junto a Chendo, Ramis, Michel y Sanchís se alinearon Morales y Dani, un par de elegidos a la usanza de los antiguos combates rituales, cuando sólo el concurso de los puros aseguraba la victoria. La apuesta de Floro era clara: el juego pre-teórico del barrio contra el sofisticado blindaje de Arsenio. Ni Derrida lo hubiera hecho mejor. Sin embargo, dicha estrategia no era «económicamente correcta», pues en el banquillo del Real Madrid estaban Martín Vázquez y Prosinecki, dos millonarios activos de lujo relevados de la brega por un par de mozallones con ficha de aficionados.

Mientras tanto, el Barcelona pagó muy caro su deseo de eliminar a su «doble contrario», pues el Athletic de Bilbao, el adalid de la pureza étnica y del presupuesto menguante, representa exactamente lo que quiere ser el Barcelona: un equipo de catalanes, pero que cueste poquito. En ese sentido, no se puede negar que Cruyff ha descubierto a Ferrer, Amor, Guardiola y Sergi (Busquets todavía está crudo), pero desafió el «inconsciente familiar» -del tótem al patronímico- de Bakero, Beguiristain, Zubizarreta y Goikoetxea, la guardia vasca del Barcelona.

El análisis deconstructivista aplicado al Barcelona produciría resultados sobrecogedores, pues Cruyff obliga a los zurdos a jugar por la derecha y a los diestros a batirse el cobre en la izquierda, a la vez que recicla a los delanteros como defensas y a los defensores los convierte en atacantes. Como diría Foucault, el Barcelona es la prueba de la indigencia de la metafísica de occidente y por ello no es «futbolísticamente correcto», aunque se llame F. C. Barcelona.

En realidad, ser *footballistically correct* sólo estaría al alcance de unos cuantos sufridores de la tercera división, donde subsiste impoluto el fútbol ratonero y suburbial que se practica en los parques, las pistas y los patios. Así que se vayan a tomar por saco Lacan, Foucault y Derrida, porque la ausencia de lógica en el fútbol es precisamente lo que le hace apasionante. Como dijo don Vujadín: «Fútbol es fútbol».

8 de febrero de 1994

El Barça boca arriba

△▽

A Julio Cortázar le apasionaba el boxeo -recordemos «Torito», «Circe», «La noche de Mantequilla» y *Último round*-, mas el fútbol le era inverosímil, por emplear una original expresión suya. No obstante, quién hubiera dicho que coincidiendo con el décimo aniversario de su muerte la moto del Barcelona derraparía en La Romareda, y que súbitamente los azulgrana serían cazados por los guerreros del Real Madrid y el tiempo de la «Guerra Florida». Así, ante «El Barça boca arriba», se justifica la clave cortazariana de mis reflexiones.

La derrota de los Famas: Aunque es sabido que los Cronopios cuando viajan no encuentran hoteles, pierden los trenes y les timan los taxistas, los Famas no aprovecharon su condición de locales y fueron eliminados por los verdiblanco Cronopios. De ahí que al visitar el campo de las Esperanzas los Famas redoblaran sus precauciones: visitaron el hotel para averiguar los precios, presentaron en la comisaría un inventario de sus bienes y copiaron la lista de los médicos de guardia. Entonces se pusieron a bailar tregua catalana delante del estadio de las Esperanzas, y ellas se arrojaron sobre los Famas y los golpearon 6 a 3. Los Cronopios llegaron de puntillas -«esos objetos verdes y húmedos»- y le cantaron: «Beetis, Beetis. Cronopio, cronopio, cronopio» (¿le ganarán los Cronopios a las Esperanzas?).

La Liga Rayuela (Cap. 68): Apenas el Zaragoza le amaló el tercero, al Barça se le agolpó el Real Madrid y cayó en hidromurias, en salvajes gazapos, en rondos exasperantes. Cada vez que Cruyff procuraba relamar el fuera de juego, se enredaba en el gramado quejumbroso y tenía que envulsionarse el *chupachups* al nóvalo, sintiendo cómo poco a poco el Deportivo se espejunaba, y el Sporting y el Athletic se iban apatronando, reduplicando, hasta quedar empatados como el trimalciano de ergomanina al que se le han escapado unos positivos de cariaconcia. Y sin embargo era apenas el principio, porque en un momento dado Koeman se tordulaba los hurgalios, consintiendo que Esnáider aproximara descaradamente sus orfelunios. De pronto era el clinón, la vergonzosa convulcante de Zubizarreta, la jadehollante embocapluvia defensiva, los esproemios del regate en una sobrehumítica vaselina. ¡Higuera!,

¡Higuera! Volposados en la cresta de la goleada, se sentían balparamar, cánticos y olés. Temblaba el Cruyff, se vencían las mariblaugranas, y la Liga se sumía en un enrevesado pínice, en crucigramas de apretujados puntos, en cábalas casi crueles que ordopenaban al Barça hasta el límite de las gunfias.

Cartas a Romariodour: Pateá, Romariodour, pateá pateá. Romariodour. No estás en el partido y de pronto metés gol. Romariodour, monsieur Cruyff no está contento de que seas tan cristiano, tan huidizo, tan sombrón y picón y meón. Él dice que todo está muy bien y que eres un niño encantador, pero mientras habla te multa y esconde la mano en tu bolsillo. Es así, Romariodour: en Can Barça son como hongos, crecen en los travesaños de las porterías, en piezas oscuras donde huele a linimento, donde la gente cuenta pesetas todo el tiempo y después te toca los huevos y pone discos de Serrat y chupa *chupachups*. Pero no importa, Romariodour, y te escribo estas líneas para pedirte que no dejés de mandar la bola dentro con los dedos de los pies. Pateá, Romariodour, copita de *cachaza*, carbón de azúcar, *garotinho*, dibujo animado...

15 de febrero de 1994

La Liga: la misma, pero diferente △

Una bella canción de Silvio Rodríguez reza que le ama una mujer clara sin pedir nada, o casi nada, que no es lo mismo, pero es igual. Más allá de las incongruencias superficiales, el verso alude a un territorio invulnerable a la semántica. Si hablásemos inglés o alemán, quizá nunca incurriríamos en tales contrasentidos, mas nuestra lengua es hermosa precisamente porque transgrede y disuelve las convenciones, a nuestra imagen y semejanza. Así, pregúntele a un mexicano qué diferencia existe entre una patata y una batata, y le responderá que «son dos cosas distintas, pero igualitas». Con la Liga de fútbol sucede algo parecido: es la misma, pero diferente.

Los latinos somos así, anárquicos e impredecibles. Si el Madrid precisara un sistema rígido, un repertorio de jugadas ensayadas y un compendio de señales misteriosas, entonces no sería el Real Madrid. Aquellas formulas le van bien al Bayern Munich, al *PSV Eindhoven* o al sorprendente Salzburgo, quienes juegan de memoria y mimando el músculo. En cambio, el Madrid de Floro se volvió melancólico y su juego se hizo tedioso y ministerial. Lo mismo cabe decir del Barcelona, que salta a los campos sin plantear los partidos y poniendo a los teóricos de los nervios. Es el caso de Clemente, quien pregonaba que el Barcelona sin sus internacionales sería una caricatura de equipo. No, señor. Sería el mismo, pero diferente.

Don Miguel de Cervantes lo comprendió muy bien, y así fue como escribió *El Quijote*, que no es una novela de caballería, pero es igual. Ni Goethe ni Shakespeare habrían podido hacer algo parecido, pues carecían de esa latina pulsión transgresora. En todo caso, tuvo que ser un argentino, Jorge Luis Borges, quien a través de «Pierre Menard, autor de *El Quijote*» repitiera la hazaña. Como todos saben, es la misma novela, pero distinta. De hecho, hay que ser latino para comprenderlo. Fernández Marín es latino, además de árbitro y psicólogo. Al término del Racing-Barcelona lo demostró.

¿Cuál fue la diferencia entre las entradas de Sergi y Ferrer contra Radchenko?, le preguntaron. El colegiado no lo dudó: «Fueron iguales, pero diferentes».

Ahí está la clave, el inefable centro de mi relato, la piedra angular de nuestra idiosincrasia. ¿Por qué el Deportivo de la Coruña no le da el finiquito a la Liga de una vez?, ¿acaso no es el mismo equipo que arrasó en la primera vuelta? Sí. Es el mismo, pero no es igual. ¿Y qué le ocurre al Atlético de Madrid, que se encuentra a un punto del descenso directo?, ¿acaso no ha superado otras crisis parecidas? Bueno, en realidad no es lo mismo, pero es igual. Como se puede apreciar, si tales tribulaciones asaltaran la Liga inglesa o la *Bundesliga*, entonces los cuadrículados colegas del Norte se volverían locos; pero estamos en España y somos capaces de soportar la tensión. Quizá por eso Azkargorta no tuvo inconveniente alguno en conectar con la cultura boliviana, y cuando le interrogaron por las diferencias con respecto a España se atusó el mostacho y replicó: «Es lo mismo, pero diferente».

A sólo nueve fechas del final, la Liga 93-94 se parece como una gota de agua al campeonato 92-93. Arriba, Deportivo, Barcelona y Real Madrid. Abajo, Osasuna, Valladolid y un recién ascendido. Cerca de Europa, Zaragoza, Tenerife y Athletic de Bilbao. Y, en tierra de nadie, Albacete, Sporting y Oviedo. Borges habría dicho que los equipos son los mismos y que tan sólo han cambiado las circunstancias y los nombres propios, a pesar de la inmutable sentencia de Heráclito, quien afirmó que nadie se baña dos veces en el mismo río. Hombre, el río es el mismo, pero diferente.

22 de marzo de 1994

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo